

Presentación

El ser humano contrae deudas sin número a lo largo de su vida: con sus padres, con sus maestros, con sus amigos, con su pareja, con los antepasados, con sus contemporáneos, y aun con los animales y las cosas de su entorno. Vivir es, precisamente, ir tejiendo una red tupida de vínculos que obligan y que, por tanto, colocan en situación de deuda. Vivir es ser deudor, adeudar, endeudarse, contraer deudas e intentar saldarlas. Somos deudores desde el fondo de nuestro ser. Esta constatación debería movernos al agradecimiento continuo y a la humildad, al reconocimiento de los demás y de lo mucho que les debemos. Vivir es tener memoria histórica, reconocer lo mucho que los otros nos aportan, salir de nuestro egoísmo enfermizo y vivir la vida entera en un acto de acción de gracias y de alabanza.

Sin embargo, con frecuencia se hace justamente lo contrario. En particular, últimamente me preocupa mucho que los jóvenes actuales, en aras de un liberalismo a ultranza y de un sentido falseado de la realidad —entendido en clave de adolescencia y narcisismo— carezcan en buena medida de ese sentimiento de saberse en deuda y, por consiguiente, con obligaciones hacia los demás. Esta es una de las razones que explica la fragilidad e inestabilidad con la que se viven los lazos de reciprocidad y que ocasiona, por ello mismo, falta de confianza mutua y mucha infelicidad. El miedo al fracaso y la inseguridad en uno mismo no se superan con la falta de compromiso, sino con la entrega gratuita y la ilusión centrada en el otro.

El ser humano es siempre mucho más que sus propias realizaciones, sean ellas las que fueren. La aproximación a la vi-

da de una persona termina siempre en el misterio. Bernhard Häring, uno de los artífices de la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II y una de las figuras más grandes de la Teología Moral de todos los tiempos, murió el 3 de julio de 1998. Porque intentamos ser coherentes, resulta justo que a través de estas páginas reconozcamos la deuda que tenemos contraída con Häring y expresemos nuestra alabanza y nuestra acción de gracias por el don que su vida ha significado para la Iglesia Católica y para el mundo en general en esta segunda mitad del siglo xx.

Esta es la razón de ser y el significado de este monográfico de *Estudios Eclesiásticos*. Häring sentó las bases de un trabajo que ahora nosotros debemos proseguir, si es que en verdad queremos ser fieles a la herencia recibida y a lo que demanda la sociedad actual. Y debemos intentar llevarlo a cabo con el mismo espíritu que animó su vida, tal y como cuentan los que tuvieron la dicha de conocerlo personalmente y tal y como reflejan sus obras: siervo de la verdad que libera, que ama y sabe anticipar a todos su confianza, que vive el carácter gozoso de las bienaventuranzas, que funda su existencia en la fe y el seguimiento de Jesús de Nazaret.

Libertad, verdad y amor son las palabras claves de la teología moral de Häring, una moral claramente religiosa, centrada en Cristo, animada por el Espíritu Santo, pero abierta a las aportaciones de las diferentes ciencias humanas —como quería el Concilio— y en diálogo permanente con todas las religiones e ideologías, porque compartimos un destino común. Libertad, verdad y amor no son para Häring palabras abstractas, y éste es uno de sus muchos mensajes: tenemos que liberarnos de las abstracciones. Los deseos a veces no son más que ilusiones, fantasías; tienen que pasar la prueba de los hechos, hacerse carne. No es suficiente con hablar y desear la libertad, la verdad y el amor: hay que ser libres, verdaderos y hay que amar. Sin confundir la libertad con el capricho y el «hago lo que me da la gana», la verdad con «mi verdad» o la verdad de mi grupo, y el amor con el impulso, la pasión o el simple «es-

tar a gusto». Libertad, verdad y amor implican compromiso, que es tanto como decir que creo en mí y creo en los otros, porque la realización humana radica en el «nosotros», no en los estrechos límites de mi «yo». El dejarse aprisionar por el miedo a lo desconocido sólo lleva al autoengaño y a la decepción, a perder la partida de la vida.

Una última palabra en esta breve presentación para agradecer al hasta ahora Director de *Estudios Eclesiásticos*, Alfredo Verdoy, S.J., que acaba de ser nombrado Provincial de Toledo de la Compañía de Jesús, la confianza, el cariño y las palabras de ánimo que siempre dispensó a este «aprendiz de moralista» y, más en concreto, el encargo de coordinar este monográfico de homenaje a Häring. Nuestros mejores deseos de buen hacer en su nueva tarea, con la esperanza de que redunde en beneficio de un mundo más humano, más solidario y fraterno, en el que todos los hombres y mujeres vean respetada su dignidad humana. Como escribió Blas de Otero:

*Pido la paz y la palabra
Escribo
en defensa del reino
del hombre y su justicia. Pido
la paz y la palabra.*

JOSÉ RAMÓN AMOR PAN